

AMARO VILLANUEVA

OBRAS COMPLETAS

Villanueva, Amaro (1900-1969)

Amaro Villanueva : obras completas /
dirección de Sergio Delgado ;
colaboraciones de Juan José Manauta... [et. al.].
1ª ed. - Paraná :
Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2010.
v. 1, 1024 p. ; 23 x 16 cm.
(Entre Ríos, tierra de letras.)

ISBN volumen I: 978-950-698-248-5

ISBN obra completa: 978-950-698-247-8

A860

1. Literatura Argentina. 2. Ensayos.

CDD

I. Delgado, Sergio, dir. II. Manauta, Juan José, colab. III. Título

Directora Eduner

María Elena Lothringer

Director de edición

Sergio Delgado

Coordinador de edición

Guillermo Mondejar

Colaboraciones:

Guillermo Alfieri. Universidad Nacional de Entre Ríos. Periodista
Pablo Ansolabehere. Universidad de Buenos Aires. Universidad de San Andrés
Federico Bibbó. Universidad Nacional de La Plata. Conicet
Eduardo Andrés Broguet. Abogado. Crítico
Sergio Delgado. Université de Bretagne-Sud (HCTI). Escritor
Edgardo Dobry. Universidad de Barcelona. Poeta. Crítico
Daniel García Helder. Poeta. Crítico
Héctor César Izaguirre. Escritor
Juan José Manauta. Escritor
Guillermo Mondejar. Universidad Nacional de Entre Ríos
Claudia Rosa. Universidad Nacional de Entre Ríos

© EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos, 2010

Córdoba 475 / E3100BXI / Paraná, Entre Ríos, Argentina

Eva Perón 24 / E3260FIB / Concepción del Uruguay, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

Editado e impreso en Argentina

AMARO VILLANUEVA
OBRAS COMPLETAS

Sergio Delgado
Director

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS

SUMARIO

I

Maestro
Juan José Manauta

Introducción
Sergio Delgado

Entre Gualeguay y Paraná
Claudia Rosa

La mirada de Villanueva
Guillermo Mondejar

Amaro Villanueva y la literatura nacional
Pablo Ansolabehere

Ficha autobiográfica

1. Las cosas nuestras

Trabajos alrededor del mate

El arte de cebar

El mate a través del arte

El lenguaje del mate

La boca del mate

Noticias lexicológicas

2. El trabajo de detalle

Ensayos sobre literatura nacional

Crítica y pico

Otros ensayos sobre literatura nacional

Polémicas

3. La cobija de las adelfas

El ombú, prólogos y otros escritos literarios

El ombú y la civilización

Prólogos

Otros escritos literarios

Anexo y notas

II

Introducción
Sergio Delgado

El problema de la expresión nacional
D. G. Helder

El virtuoso de las máscaras
Edgardo Dobry

Una poesía inmediata
Eduardo Broguet

Amaro Villanueva y el lunfardo
Héctor Izaguirre

4. El arte de trenzar y de emplumarse

Ensayos sobre historia, sociedad,
política y cultura

Garibaldi en Entre Ríos

Artículos varios

5. De la piscoira al bramaje

Trabajos sobre el lunfardo

Ensayos

Comunicaciones

6. El modo de cantar

Poemas, versos y versachos

Primeros poemas

Versos gauchipolíticos

Versos para la oreja

Chafalonía

Versos de militar

Otros poemas

Son sonetos

Lunfardópolis

Versachos

7. Las cosas por su nombre

Relatos

La mano y otros cuentos

Otros relatos

Correspondencias, anexo y notas

III

Introducción
Sergio Delgado

Contorno de un periodista
Guillermo Alfieri

A través del río
Federico Bibbó

8. Ni historia ni cuento: un sucedido

Crónicas

Paraná, rosa de otoño

Después de la guerra...

Misceláneas

Anexo biobibliográfico

El criollo universal. Cronología
Por Guillermo Mondejar

Álbum de imágenes

Despedidas

Bibliografía

Notas

UNAS PALABRAS

*Cielito, cielo que sí:
guárdense su chocolate,
aquí somos puros indios
y sólo tomamos mate.*

Bartolomé Hidalgo

Desde hace muchos años –más de treinta– vengo recogiendo testimonios y antecedentes relativos a la costumbre nacional del mate. Inicialmente me guió el propósito de comprobar, en tan vasto territorio folklórico, la amplitud del aporte popular a la particularización de nuestro lenguaje y al enriquecimiento de nuestra expresión literaria. Pero, con el andar del tiempo, la sencilla cadena de voces, locuciones, frases y refranes eslabonados a través de tan paciente registro, me permitió observar cómo se iba articulando en ella, lentamente, la suma de pormenores propios de la técnica o arte de cebar, junto a otros sigilosos temas trascendentales, descubiertos a través del detenido examen de las fuentes escritas. Porque los abundantes materiales reunidos me revelaron también la magnitud de la empresa en que me había iniciado, para decir en verdad, un tanto desaprensivamente: la restauración de un verdadero monumento de la cultura americana, de indiscutible origen indígena y de indeclinable tradición popular. Todo esto sea dicho como medio directo de confesar que ni el apresuramiento ni la oportunidad son abogados del presente volumen.

Yerbeador al fin, vine a dar en el intento de que informa este libro, que procura sistematizar, del modo más completo posible, la técnica de cebar mate, por estimar que la exposición ordenada y razonada de este arte constituye el primer paso lógico hacia el verdadero conocimiento de tan original, pacífica y acogedora costumbre, muchos de cuyos pormenores resultan hoy día, sin embargo, secretos impenetrables hasta para quienes la practican con afición entre nosotros. Con mayor razón, una información sistematizada resulta necesaria para que este signo tan típico y entrañable de nuestras costumbres, es decir, de nuestra cultura, pueda ser apreciado, interpretado y valorado en el extranjero, donde el mate constituye una referencia secular y clásica, pero oscura, con respecto a nuestra vida cotidiana.

A propósito: en 1938, algunos meses antes de aparecer la primera edición de este libro,³ se publicó en Francia, bajo el título de *El conde de Buenos Aires*, una vida novelada de don Santiago de Liniers, escrita por Max Dorian y F. de Vaux de Foletier, en la que se procuraba sugerir el ambiente porteño de la época mediante algunas notas de color local, entre las que no podía faltar, naturalmente, el mate, la peculiar bebida rioplatense. La descripción de la manera de cebarlo resultaba

tan extraña^a que provocó, entre nosotros, más de una crítica risueña, que concluía remitiendo a los citados autores al domicilio de cualquier argentino residente en París, donde podrían haberse documentado prácticamente acerca de los secretos de una buena cebadura. Pero lo que no decían esas críticas es que —ante un gesto realmente simpático como el de dichos escritores intentando reconstruir un ambiente de época de la vida argentina— lo que resultaba más notorio, en el caso, era nuestra falta de una disciplina cultural que, ejercitándose en el dominio de lo que nos es propio, pudiera brindar su conocimiento fácil y exacto al interés de los demás, en modesto pero útil aporte a la cultura universal. Por lo demás, el caso nos da un ejemplo de lo que puede significar, en todos los órdenes de nuestra vida de relación como pueblo, la contracción con que trabajemos en el esclarecimiento, para todo el mundo, de lo que nos es característico.

Esas aspiraciones de rescatar, fijar y transmitir —con beneficio general— el conjunto de elementos objetivos y subjetivos que concurren en nuestra secular costumbre de tomar mate, informan la razón de ser de este libro.

* * *

Además, el hecho de tratarse de una costumbre recibida de los aborígenes, constituye el mejor aliciente de la imaginación para especular sobre las numerosas contribuciones de ingenio que el primitivo habitante de la región de la yerba ha debido imponerse hasta obtener el beneficio de este vegetal y crear los utensilios con que su industria dio respuesta a las dificultades que el sentido común reconoce como naturales y previas para llegar a satisfacer una necesidad de su economía fisiológica, darle estilo y hacerla costumbre.

Si bien la calabaza, de que hizo vaso y vasija, le fue brindada por la naturaleza, lo mismo que el vegetal con cuyas hojas daría sustancia a la cordial infusión, es indudable que el tratamiento y la administración de esta yerba desprenden un testimonio elocuente sobre el grado de cultura alcanzado por el indígena guaraní. Con todo, nuestra imaginación es recelosa de las especulaciones retrospectivas, cuando se trata de algunos de los problemas más simples que aquella técnica supone: la invención de la bombilla o el uso de la caldera, por ejemplo. Dicho de otro modo: dudamos si el indígena pudo idear el original filtro tubular con que sorbía la infusión y el recipiente adecuado para calentar el agua y verterla en pequeñas porciones dentro de la calabaza. Tal recelo es explicable, por las lagunas arqueoló-

a. En versión a nuestra lengua, véase lo que se dice del mate en el texto francés de *El conde de Buenos Aires*: “El mate es una hierba seca, de gusto bastante amargo, de la que los criollos son siempre golosos. Sobre un fuego bien encendido, la niña de la casa coloca la pava de plata. Cuando el agua hierve, pone con gracia un vaso con asa sobre un trípode, echa en él un poquito de mate y vierte encima el agua hirviente. Añade un trozo de azúcar (si es verdaderamente artista, tiene el cuidado de quemarlo ligeramente) y después le agrega corteza de limón verde. Hecho esto, adapta al vaso un tubo o bombilla que termina en una esfera perforada. Sorbe un trago, lentamente, lo bastante para no quemarse, y pasa el artefacto a su vecino. Éste lo cede a su vez a otro vecino, y, así, sucesivamente.”

gicas y los prejuicios heredados que todavía cierran el camino a la reconstrucción completa del grado de civilización alcanzado por las naciones de raza guaraní, a la época de la conquista.

Conspira igualmente contra la reivindicación de derechos del aborígen como creador de la costumbre y de los medios de practicarla, la facilidad con que se siguen desfigurando los hechos a expensas del salvaje, en un despojo multiseccular que no se ha satisfecho con la total enajenación de sus bienes materiales. Aún hoy, su natural aptitud humana de observación, de juicio y de inventiva, le es negada retrospectivamente en favor de concepciones tan atrasadas, al presente, como pudieron serlo las de las sociedades americanas con respecto a las europeas, en la época del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Parecería que, aun en el plano de la investigación histórica y de otras disciplinas científicas, no lograríamos emanciparnos todavía del prejuicio y la superstición, cuando se trata de indagar racionalmente el camino de la verdad.

Y no hablemos de los frecuentes trabajos de presunta divulgación folklórica –“colaboraciones” destinadas a diarios y revistas– en los que es común librarse a fáciles generalizaciones, con las que no sólo se sorprende la buena fe del lector desprevenido, sino que se hace befa de disciplinas cuyo progreso importa a nuestra verdadera cultura y está reclamando tan profunda información como severo análisis de las fuentes. Sin embargo, esas disciplinas se siguen resintiendo de una habitual tendencia a la improvisación y la superficialidad. Si a tales folkloristas se les hubiera de dar crédito, ni la yerba, ni el mate, ni los bártulos de cebar tendrían nada que ver con nuestros aborígenes, que todo lo habrían aprendido del conquistador o el catequista.

No ha faltado quien pusiera en letra impresa, por ejemplo, que la pava no se usaba en el Perú hasta comienzos del siglo XIX. Esta afirmación, precipitada e inconcebible, era deducida de una referencia errónea del capitán Basilio Hall, viajero inglés que, por otra parte, en realidad ubica el dato en Chile. Este error está debidamente aclarado en el capítulo relativo a “La caldera”.

En *Una excursión a los indios ranqueles*, durante el famoso parlamento presidido por el cacique Mariano Rosas, para discutir el tratado de paz, el general Lucio V. Mansilla cuenta que rebatió a los indios pampas su pretendido derecho a la propiedad de los ganados, esgrimiendo un concluyente argumento lingüístico, pues les dijo: “[...] los *gringos*, que eran los españoles, trajeron todas esas cosas. Voy a probárselos: ustedes lo llaman al caballo *cauallo*, a la vaca *uaca* [...], a la yerba *yerba*, y a una porción de cosas lo mismo que los cristianos. ¿Y por qué no las llaman de otro modo a esas cosas? Porque ustedes no las conocían hasta que las trajeron los *gringos*”. Y, más adelante, en una conversación con Mansilla, el propio Mariano Rosas reconoce que los cristianos les enseñaron a los indios a tomar mate.

Sería una torpeza, como la del aludido lector de Hall, deducir de esto, por generalización, que los españoles enseñaron a los indígenas rioplatenses el uso de

la yerba y la costumbre del mate. Porque una cosa son los indios pampas y otra, en cambio, los guaraníes, en cuya lengua, como se verá luego, se conservan los testimonios inequívocos de que fueron los descubridores del legendario vegetal y los creadores de la costumbre y el estilo de yerbear.⁴

Sin embargo, el descubrimiento de la yerba y del tratamiento adecuado para convertirla en alimento útil al organismo humano, siguen siendo atribuidos comúnmente a Santo Tomé o Tomás,⁵ discípulo de Cristo en el que vino a corporizarse la leyenda del *Hombre blanco* en América, a raíz de haber descubierto el Padre Nicolás de Nóbrega, jesuita portugués, en la segunda mitad del siglo XVI (1552), que en el Brasil, es decir, en la región de la yerba, los indígenas hablaban de un *Pay Zumé* o *Tumé*, que les habría enseñado el secreto de ese vegetal y la utilidad de la infusión de sus hojas. Pero ya no es posible seguir ignorando que la invención de la leyenda del *Hombre blanco* respondía a una exigencia de la concepción religiosa del origen del universo y a una necesidad política de la Iglesia dentro de la sociedad de la época, organizada sobre el principio del origen divino del poder. En consecuencia, lo que corresponde es analizar esa leyenda para descubrir los hechos reales que se le hayan transferido y que aún puedan mantener validez testimonial respecto al origen de la costumbre de tomar mate.

De igual modo, esta costumbre, la de beber la infusión de yerba con empleo de mate y bombilla, indudablemente transmitida por el pueblo guaraní a sus conquistadores, viene siendo atribuida regularmente a los jesuitas, cuando lo que éstos difundieron, en realidad, fue el uso de la infusión teiforme, es decir, preparada a la manera del té, que hoy llamamos *mate cocido* o *yerbeao*. Por lo cual el mate, entre otras sinonimias, tomó la de “té de los jesuitas”. Así como se debe reconocer a los jesuitas la iniciativa en la formación de los primeros yerbales por cultivo, no es posible acreditarla en cuanto al estilo tradicional de tomar mate. No es posible ignorar, en efecto, que la Iglesia, por intermedio de los mismos jesuitas, llevó una guerra abierta a esta costumbre indígena, atribuyéndole origen demoníaco (para luego contradecirse notoriamente, creando la leyenda de Santo Tomé), hasta que el beneficio y comercio de la yerba pasó, en gran parte, a manos de la Compañía de Jesús. El establecimiento de ésta en el Paraguay data de 1610, en tanto que el permiso para comerciar en yerba se le concedió recién en 1645, no obstante lo cual, algunos autores atribuyen a los jesuitas hasta el procedimiento de torrefacción o tostado de la yerba, lo que tendría que haber ocurrido por inspiración de Santo Tomé, que vivió en el siglo I de la era cristiana, para que la leyenda tuviera sentido... La verdad es que, como ya dijimos, los jesuitas combatieron inicialmente la costumbre del mate, vicio que el Padre Diego de Torres denunció en 1610 –el mismo año del establecimiento de la Compañía en el Paraguay– ante el Tribunal de la Inquisición, de Lima, como “superstición diabólica”, expresando, entre otras cosas, “que los que al principio lo usaron, que fueron los indios, fue por pacto y sugestión clara del demonio”. Los dos ejemplos enunciados bastan para poner en

evidencia que, de no someter a una indispensable contrastación y crítica las distintas fuentes de información, recibidas del conquistador y el catequista, la verdad seguirá subordinada al interés de la parcialidad y, en consecuencia, desfigurada e irreconocible. Dicho de otro modo, se seguiría sancionando una injusticia que no sólo afecta al primitivo hombre americano sino también a las fuentes auténticas de nuestra cultura.

Ya señaló tan grave circunstancia, con perspectiva más general, el eminente Juan María Gutiérrez, en su sagaz ensayo sobre la “Mitología de las naciones de raza guaraní”, expresando que la historia de estos pueblos “es la del huérfano desvalido a quien la avaricia arrebató su patrimonio y le apaga el hogar”.

Esta injusticia”, afirmaba Gutiérrez, “cometida en nombre de una civilización orgullosa de su poder, es tanto menos justificable cuanto que no ha querido tomarse en cuenta lo mucho que se debe al hombre americano en el ensanche de la esfera de los recursos con que esa civilización invade, irresistible, todos los ángulos de la tierra. Porque si es verdad que el hallazgo del continente americano, duplicando la superficie del globo, multiplicó las transacciones, aumentó la masa de los metales preciosos, perfeccionó la navegación, estimuló las ciencias que con ella se ligan, e imprimió a la actividad humana un impulso que la historia reconoce como uno de los más fecundos hechos de la edad moderna, no es menos cierto que la labor intelectual y manual de los indígenas contribuyó, a la par de la del europeo, a la realización de esas gloriosas adquisiciones de que con razón se engríen los pueblos civilizados. Basta echar una mirada sobre el diccionario de la lengua castellana para advertir cuán copioso es el caudal de ideas, de usos y de objetos útiles al comercio y al bienestar del hombre, que debe nuestra antigua metrópoli al pobre indígena a quien exterminó el soldado y humilló el catequista durante esa matanza que se llama *Conquista de América*.^a

Casi resulta ocioso decir que al presente trabajo sobre la costumbre de tomar mate lo inspira nuestra mejor tradición de cultura: el espíritu que trasciende toda la obra del eminente maestro citado y, en consecuencia, el ánimo de reivindicar, en lo que corresponde, los antecedentes culturales del aborígen rioplatense, de que también es heredera la cultura argentina.

Acaso pueda parecer desmedido el propósito confesado, por tratarse de un asunto eminentemente folklórico y por hallarse un tanto resentido el conocimiento de nuestro folklore por la ya aludida tendencia a la improvisación y la superficialidad. El lector juzgará oportunamente si hemos logrado superar esa propensión baladí. Por nuestra parte, sólo corresponde anticipar, aquí, que el presente volumen es parte de un trabajo más vasto⁶ –que muy bien podría calificarse de monumental, si se atiende a la materia que lo informa, tan mezquina en la falsa apreciación corriente, como generosa de hechos y sugerencias para quien sepa ahondarla en

a. Juan María Gutiérrez. *Críticas y narraciones*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1928, pp. 83-84.

todas sus perspectivas culturales— como que comprende, además de esta exposición del *Arte de cebar*, el *Vocabulario*, el *Refranero*, las *Supersticiones y leyendas* y la *Iconografía del mate*, la *Historia de la yerba*, la *Psicología del matero* y las correspondientes series antológicas de las fuentes escritas, rigurosamente clasificadas y reunidas en otros tantos volúmenes consagrados a las crónicas, los ensayos, el cuento y la anécdota, los poemas y las coplas, precedidos del estudio especial pertinente.⁷

El lector no está, pues, ante una improvisación más. Y un simple esbozo de referencias le dará la certeza, entretanto, con respecto a la exclusiva iniciativa indígena en la materialización completa de nuestra costumbre nacional de matear.

Empezando por la yerba...⁸ Recordemos el argumento lingüístico formulado a los indios pampas por el general Mansilla y resumámoslo en lo que aquí interesa: “Ustedes llaman a la yerba *yerba*, lo mismo que los cristianos. ¿Por qué no la llaman de otro modo? Porque ustedes no la conocían hasta que la trajeron los *gringos*”. En cambio, los guaraníes, que la conocían mucho antes del arribo de los gringos al Río de la Plata, la llamaron *caá*, en su propia lengua. Así como llamaron *caballú* al caballo y *curuzú* a la cruz, adaptando las voces castellanas a su lengua, porque al caballo y a la cruz los conocieron tras el arribo del conquistador. Nosotros, en cambio, ¿por qué le llamamos *yerba*, en castellano? *Yerba* es mera elipsis de *yerba* o *hierba del Paraguay*, como la llamaron primitivamente los españoles, que conocieron su uso antes de conocer el vegetal de que procedía. Y como los indígenas se la proporcionaban ya tostada y molida, los conquistadores no imaginaron, al comienzo, que provenía de un árbol. De ahí que la bautizaran en su lengua: *hierba del Paraguay*. Este hecho histórico lo registra el Padre Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo*: “Hállase este árbol”, dice, “solamente en la tierra de los indios gentiles y de guerra, y ellos sacan a vender la hoja seca a los españoles, los cuales, como no han visto el árbol, sino la hoja, la llaman comúnmente *hierba del Paraguay*, siendo, como es, hoja de árbol”. El testimonio del Padre Cobo no hace más que confirmar los pormenores o circunstancias históricas que el hecho lingüístico —en su síntesis— documenta en forma perdurable y fehaciente.

No obstante, en cuanto a los bártulos o utensilios que caracterizan el estilo tradicional de la costumbre de tomar mate, puede asaltarnos la duda de que hayan podido ser originariamente indígenas, sobre todo cuando sólo se los conoce en su evolucionada estructura moderna. Si no en lo que hace al mate, que es un fruto silvestre, del que se han servido todos los pueblos primitivos, aunque utilizando las variedades mayores de la calabacera, esa duda nos asalta, al menos, con respecto a la bombilla y la caldera o pava. Sobre el mate o calabacita hueca que sirve de recipiente para cebar la infusión, digamos que tiene un nombre bien explícito en guaraní: *caiguá*,⁹ palabra compuesta de las voces *caá* (yerba), *i* (agua) y *guá* (recipiente), de modo que lo designa con estricta determinación: “recipiente para el agua de la yerba”. El español prefirió usar la voz mate, tomada de la lengua quechua,

con que hasta hoy lo llamamos, por avenirse mejor este vocablo a la modalidad grave del idioma castellano. Y la palabra quechua (mate) sustituyó de tal modo a la explícita voz guaraní (caiguá), que no sólo la reemplazó en la denominación de la calabacita típica de yerbear, puesto que, al favor de la anarquía semántica introducida por el europeo, hasta llegó a designar erróneamente al árbol de la yerba (caá) y, en Europa, se llamó *mate* al *Ilex paraguariensis*... Por lo cual pudo decir el lingüista Miguel de Toro, en su ensayo sobre “La estética de la lengua”, aludiendo al hecho de que, hasta entre las voces de historia natural muchos nombres guaraníes resultan menos españoles de aspecto que sus sinónimos quechuas: “Aun el mismo *caá* se ha visto destronado por el quechua *mate*”.

*Tacuapí*¹⁰ es el nombre guaraní con que se designó primitivamente a la bombilla, que era de caña, con un cesto tejido de fibras vegetales que servía de filtro. *Tacuapí* es voz compuesta de *tacú* (caña hueca) y *apí* (lisa o alisada). En el mismo Paraguay, la antigua voz original va resultando ya anticuada para designar el utensilio, al que más corrientemente se llama *mombilla*, corruptela del sustantivo castellano. Sin embargo, la palabra guaraní perdura en el lenguaje corriente como denominación vulgar del vegetal (*Merostachys clausenii*, según Jover Peralta, y *Merostachys argyronema*, según Segovia) de que se extraía la camita o junco con que se fabricaba originalmente la bombilla.

La pava o caldera también tiene su nombre propio en guaraní: *itacuguá*. Algunos dicen *itacugua*. La primera forma de la voz, que es la clásica, es compuesta de *í* (agua), *tacú* (caliente) y *guá* (recipiente), es decir, “recipiente para el agua caliente”. En la segunda forma, el sufijo *guara* equivale a la preposición castellana *para*, que indica destino, finalidad o uso, de modo que *itacugua* significa “para el agua caliente”. Demás está decir que la primitiva pava o caldera del aborigen no era de metal sino un cacharro de alfarería.

Pero basta esta somera revista de testimonios lingüísticos para sentar el antecedente autóctono de cada uno de los elementos que se conjugan en el estilo tradicional de cebar y tomar mate, lo que acredita suficientemente el mérito total de su creación al aborigen guaraní, con el reconocimiento del desarrollo cultural que tales hechos revelan.

* * *

En su primera edición, este trabajo –que en 1938 fue distinguido por la Comisión Nacional de Cultura con un premio a la producción científica y literaria regional– iba precedido de un “Vocabulario” elemental,¹¹ de unas treinta páginas, aproximadamente. La necesidad de incorporar a la exposición del *Arte de cebar* los numerosos materiales que la investigación y la experiencia me siguieron suministrando, aconsejó suprimir dicho vocabulario, cuya extensión actual exige en verdad otro volumen, pues el acopio de voces supera largamente los dos mil

artículos, aparte de que, particularizando la materia, es posible tratarlas en forma detenida, como contribución a los estudios lingüísticos americanos, muchas de cuyas actuales incógnitas pueden resultar despejadas por la concurrencia de testimonios acarreados con el mate.

De ese modo, en lo que respecta a la materia que le es propia, este volumen ha ganado en extensión, en profundidad y en detalle, tanto como en el inestimable valor documental de los testimonios fotográficos, que el grabado le incorpora y de que la edición inicial careció, lamentablemente.

Cada uno de los primitivos capítulos ha sido revisado y ampliado con nueva y abundante información, en buena parte procedente de documentos inéditos u obtenida por testimonio personal.

Totalmente nuevo es el extenso capítulo titulado “La caldera”, que enriquece esta edición con materiales que, si dan fe de una larga investigación, tanto en el terreno folklórico e histórico como en el plano del arte y la literatura, contribuyen a ampliar la etnografía rioplatense con un tema que por primera vez se examina y profundiza.

Y si bien, en la vasta labor de recolección de antecedentes de nuestra costumbre nacional, no he descuidado las fuentes escritas, cuyo registro se remonta a los primeros días de la colonia, he dedicado especial interés a los testimonios vivos, de procedencia oral, por ser los que se hallan más expuestos a desaparecer o modificarse —volviéndose, a veces irreconocibles— en la impetuosa corriente del habla familiar.

Por tratarse de un asunto de típica raíz folklórica, he conservado su llaneza a las expresiones de origen popular, en acto de fidelidad testimonial, habiendo procurado asimismo que la claridad fuera la única norma de la exposición. De aquí que, en algunas páginas, como las descriptivas de los tipos de mates naturales o calabacitas, no haya pensado en disimular la aridez del tema recurriendo a arbitrios del ingenio.

Éste es un fruto maduro de labor, de paciencia y de reflexión, que ofrezco en tributo a la República, como contribución a nuestro propio conocimiento y a la estimación de la cultura americana, en ocasión del sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Espero que sea reconocido como la obra consecuente del pueblo, que es el generoso en materiales y el verdadero mantenedor de la tradición espiritual del país. Si no alcanza a merecer tal reconocimiento, téngaseme por su autor.

A. V.

Buenos Aires, mayo de 1960.

ALGUNAS PALABRAS

*Ninguno se ha de animar
a corregirme la plana.*

Martín Fierro

La unidad del presente volumen ha de verse en un interés vocacional, consecuente en sus capítulos, por conocer mejor las cosas nuestras, nombradas así, en términos de generalización, por el tributo parcial con que todas ellas concurren a la manifestación de una literatura, ya pertenezcan al orden material o a la órbita del espíritu, ya se hundan en el pasado, comporten el presente o transiten hacia el porvenir.

A través de los temas aquí desarrollados se advertirá, asimismo, de un modo u otro, la indeclinable militancia intelectual con que algunos de los más eminentes obreros de nuestras letras dieron respuesta, en su tiempo, a la siempre renovada cuestión sobre la función específica del escritor y del artista en la estructuración de la sociedad, participando responsablemente en la orientación de la nuestra, para que fuese lo que la esperanza del hombre dio en llamar al continente americano: la concepción de un nuevo mundo; esperanza que hoy se restaura con sentido ecuménico por el esfuerzo doloroso y progresista de los pueblos que están aniquilando al despotismo. Esta tendencia de la esperanza humana tiene antecedentes felices en nuestro país, no sólo en los días fundamentales de la patria y en las exteriorizaciones políticas de su existencia nacional, sino en los períodos capitales de nuestra literatura y en las manifestaciones de su querencia y de su esencia creadoras, aunque no siempre la crítica identifique y señale esos antecedentes con la claridad y la constancia que corresponden en justicia y que son necesarias para favorecer su conocimiento y continuidad, es decir, para perfeccionar conscientemente la íntima normalidad de nuestra cultura.

Todo eso anda profundamente entrelazado en el problema de nuestra expresión, que en Hidalgo asoma de hecho y se sistematiza teóricamente por el notable esfuerzo espiritual de la “generación del 37”, cuyo líder, Esteban Echeverría, expresó a Alcalá Galiano: “El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque realmente es precioso, es el del idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de emancipación”. Y en eso estamos todavía, como asunto en debate más que en obra.

Entretanto, no será ocioso considerar algunos de sus detalles, a la zaga de los temas aquí propuestos.

En la “Plana de Hernández” se tratan las formas típicas que reconoce la anotación errónea del *Martín Fierro*, en tres artículos –dos de ellos publicados en *La Nación*, de Buenos Aires, y el tercero en *El Litoral*, de Santa Fe–⁸⁴ cuya incorporación al libro ha de favorecer, con la apreciación de conjunto, la de su finalidad y sentido, y ha de facilitar su búsqueda a quienes interese el tema, ya para utilizar nuestras conclusiones, ya para mejorarlas o rectificarlas, como corresponda, contribuyendo a la tarea común de esclarecimiento que nos impone la magnífica perennidad del poema y su definitiva incorporación a la literatura universal.

En el segundo capítulo y con la misma finalidad tributaria al esclarecimiento de la génesis y el espíritu de la obra magna de Hernández, ofrecemos una interpretación del preludio o introducción del poema, entendiendo que se trata de una profesión de fe literaria del autor y desarrollando esta apreciación con referencia a los antecedentes nacionales del problema de nuestra expresión y con sujeción estricta al orden expositivo de las estrofas que comprende la parte pertinente de su primer canto. Dentro de los estudios relativos al *Martín Fierro*, el tema ha de merecer interés a quienes no consideran agotada todavía la labor de exégesis y empeñan su mejor esfuerzo en continuarla para que el poema llegue a difundir toda su luz sobre la conciencia de los argentinos y alcance con su simpatía social a todos los hombres. Esa interpretación fue expuesta en 1940 durante uno de los ciclos de conferencias organizados por la Sociedad Argentina de Escritores⁸⁵ para promover el intercambio de relaciones entre los intelectuales metropolitanos y del interior, en el que nos fue discernido el honor de participar. Para corresponder a esa distinción, juzgamos que la mejor forma debía consistir en llevar a la prestigiosa cátedra las conclusiones del nuevo enfoque de la obra del escritor a cuya advocación actúa la entidad representativa de los intelectuales argentinos, las que revelan el progresivo impulso creador de la polémica renovada en el país, a través de sucesivas generaciones, en torno a los problemas de nuestra literatura y de la función social del escritor.

La personalidad del doctor Juan María Gutiérrez como poeta, subordinada por la crítica nacional –cuyo magisterio ejerció con lucidez y clarividencia no igualadas hasta el presente– en una desganada apreciación de los valores de su labor en verso, es propuesta a una justa reivindicación, a través de un rápido ensayo que ocupa el tercer capítulo de este libro y que le asigna ubicación más acorde con sus méritos en el panorama de la producción literaria de su tiempo, a la que da realce indudable su poesía, de la que dijo Rodó justificadamente: “el agua aquella es todavía fresca y deliciosa”.

En el esclarecimiento retrospectivo del camino de nuestra literatura debíamos llegar necesariamente a Hidalgo, el primer poeta criollo del Río de la Plata, para precisar, con criterio más liberal que el acostumbrado, la influencia de su obra en la promoción de corrientes literarias de inspiración popular y sentido social que resultan divergentes y cuya falta de discriminación da origen a un constante

equivoco en las apreciaciones de la crítica. Como complemento del tema, incorporamos la anotación de uno de los motivos sociales del verso militante del montevideano. Finalmente anotamos también una peculiaridad expresiva de Hidalgo, que confirma las apreciaciones estilísticas con que Martiniano Leguizamón certificó la identidad de sus producciones de carácter popular, publicadas siempre en forma anónima o pseudónima, en otro rasgo típico de poeta revolucionario.

Como puede colegirse, estos intentos de crítica andan referidos constantemente al problema de nuestra expresión, sobre el que tanto se ha recaído para concluir invariablemente en la imposibilidad de la emancipación que propugnaba Echeverría, desde que nos servimos de una lengua ajena, trillada en el otro mundo. Ante tan obediente escepticismo, se nos permitirá, al menos, que sonriamos duramente con lo único que nos queda en propiedad: el pico. (Hablo como me sale del pico, escribía Heine y los pícaros de Cervantes dicen, en *La gitanilla*: “Vivimos de nuestra industria y pico”...)

Tal la alegre razón de presencia del segundo término incorporado al título de este libro, que de ese modo aligera su contenido, al que sería pesadamente ambicioso calificar de crítica y expresión.

A. V.